

***Intervención en una reunión del Sóviet de Zhitómir***  
**León Trotsky**  
**5 de septiembre de 1921**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “ ”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume IV: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). Del archivo.)

Hoy en Zhitómir, durante la inspección militar, he tenido ocasión de hablar sobre la cuestión más candente de nuestra política internacional, la cuestión de si vamos a tener que combatir en un futuro próximo o vamos a poder dedicar nuestras fuerzas principales al trabajo económico y cultural. El mero hecho de nuestra llegada aquí, a las ciudades y puntos cercanos a la frontera, ha dado lugar a la suposición de que se esperan grandes acontecimientos militares. Algunos hablan de guerra con Polonia, otros de guerra con Rumania. Por lo tanto, hoy, en el desfile de inspección, he considerado mi deber decir clara e inconfundiblemente a los soldados del Ejército Rojo que estas suposiciones, rumores, esperanzas o temores son absolutamente inapropiados. No ha ocurrido acontecimiento alguno que nos haya impulsado a cambiar nuestra línea fundamental, es decir, la línea de la paz: por el contrario, todos los acontecimientos que han tenido lugar, y el mayor de estos acontecimientos es el hambre en el Volga, nos han obligado a intensificar nuestros esfuerzos para promover y realizar una política de paz.

Tenemos motivos para esperar que lograremos mantener esta política en el período inmediatamente venidero. Es cierto que ahora nos encontramos en un estado inestable, tanto interna como internacionalmente, como resultado de hechos que han alterado, no puede decirse nuestro equilibrio, porque no existía, pero sí un régimen que se aproximaba a un equilibrio temporal. Nuestro país apenas había salido de una situación de semi hambruna.

Hoy vivimos una aguda crisis de hambre que ha atrapado en sus garras a decenas de millones de seres humanos, y esta hambruna vuelve a estar dominada por la cuestión de nuestros logros en el ámbito de las relaciones internacionales. Tenemos que preguntar una vez más: ¿qué va a suceder? La burguesía norteamericana, que pasó de la intervención militar, de la ocupación de Arcángel y de la costa de Múrmansk, de apoyar a Wrangel, a las relaciones comerciales con nosotros, ¿se mantendrá en el camino de estas relaciones comerciales, o intentará una nueva intervención armada? La burguesía francesa, ¿qué política seguirá en relación con nosotros? Éstos son hoy los interrogantes fundamentales. Lo que estamos viviendo es, por una parte, una nueva y seria señal de la estabilidad del poder soviético y, por otra, una prueba de la actitud de otros estados y de sus clases dominantes hacia el poder soviético.

Cuando consideramos esta cuestión de la nueva constelación de fuerzas, lo que, sobre todo, salta a la vista es el hecho de que la hambruna del Volga es hoy la cuestión central de la política internacional. Coged cualquier periódico de la burguesía europea o norteamericana y veréis que los principales artículos se dedican a la hambruna en Rusia. En los discursos de los ministros, en todos los artículos, en las reuniones de los parlamentos, sólo se habla de la cuestión de la hambruna en Rusia. Esto es comprensible en lo que concierne a nuestros amigos, los trabajadores. Para ellos esta cuestión tiene un interés extraordinario, porque temen por la estabilidad del gobierno soviético en Rusia. En lo que respecta a la burguesía y a sus círculos dirigentes, la situación es muy diferente.

¿Cuáles son las razones por las que los gobiernos de los estados capitalistas, los ministros, los diputados y los periodistas concentran tanta atención en el problema que se discute desde el punto de vista de la concesión de ayuda? Cuando se formó aquí el Comité de Personalidades Públicas, con Prokopovich, Kuskova y Kishkin y otros eseristas y mencheviques, se dedicaron numerosos artículos a este comité extremadamente modesto. No cabe duda de que los ministerios burgueses discutieron esta cuestión en sesiones secretas. El ministro norteamericano, Hoover, que en un tiempo fue el dictador alimentario del país y ahora es su ministro de comercio e industria, se dirigió a nosotros con una oferta de ayuda para las víctimas de la hambruna. Entabló largas negociaciones con nosotros, que concluyeron con éxito. Las dos partes firmaron un acuerdo. El exministro francés Noulens también se dirigió al gobierno soviético con sus condiciones y propuestas. La impresión general que se tiene, a primera vista, es como si Europa y Norteamérica no tuvieran una preocupación más radical y vital que la del hambre campesino ruso. Este hecho por sí solo debería inclinarnos, si no a la alarma, sí a una actitud crítica, porque sabemos que esta clase no puede interesarse directamente ni simpatizar con los obreros y campesinos hambrientos de Rusia, en la forma en que pueden hacerlo los obreros; y entonces, ¿qué es lo que explica que pongan la cuestión de la hambruna en el centro de todas sus discusiones?

La explicación es la siguiente: la burguesía de Europa y Norteamérica está considerando de nuevo el problema de sus relaciones con la Rusia soviética. Se preguntan: ¿se mantendrá firme el régimen soviético en Rusia o dará esta hambruna el impulso final para su derrocamiento? Si, dicen los burgueses, el régimen soviético se mantiene firme ahora, con esta hambruna, eso significa que es necesario reconocer que este régimen posee formas de vida. Es necesario establecer, de una vez por todas, relaciones económicas, diplomáticas y de todo tipo con él. Y, para ganarse cierta simpatía por parte de las repúblicas soviéticas, la burguesía recurre a la filantropía.

Pero hay grupos entre la burguesía que argumentan de manera diferente: si, como resultado de la hambruna, esta gran agitación interna, el gobierno soviético cayera, entonces, claramente, no tendría sentido entablar relaciones económicas y, quizás, diplomáticas con él. Es mucho mejor esperar y ver cuál será el resultado de la hambruna.

Así, la hambruna ha vuelto a plantear la cuestión de la actitud de la burguesía ante la república soviética. Y en la medida en que ahora, antes de que este proceso político haya alcanzado su definición, se puede tener en cuenta la dirección que está siguiendo, podemos decir, sin ningún optimismo, sin ninguna alegría oficial, que, en general, la mayoría de los políticos burgueses dirigentes reconocen aparentemente no sólo que la hambruna no está derribando al poder soviético, sino también que no hay en Rusia ninguna otra fuerza, ninguna otra clase, ningún otro partido, ningún otro régimen posible que el régimen soviético y el partido comunista que lo guía. Si en un país tan devastado como Rusia, un país exhausto y sacudido hasta lo más profundo, una hambruna que se ha apoderado de decenas de millones de personas no ha reducido el aparato soviético a un estado de completa impotencia; si el poder soviético, desde el primer momento, ha comenzado a tomar las medidas más enérgicas para asegurar la siembra de los campos de invierno de la región del Volga y ya ha registrado los primeros grandes éxitos en este sentido; si el aparato continúa trabajando sin descanso en estas condiciones extremadamente arduas, esto demuestra a la burguesía, parte de la cual comenzaba a darse cuenta incluso antes de la hambruna, que el poder soviético no es un fenómeno pasajero o temporal, sino un factor a tener en cuenta durante un cierto número de años. La burguesía británica parece haberlo comprendido bastante bien. La burguesía británica es, en general, la más perspicaz: se dijo hace tiempo que esta burguesía piensa en términos de siglos y continentes. La burguesía británica ha forjado su poderío en el curso de los

siglos, se ha acostumbrado a mirar a largo plazo y está dirigida por políticos que tienen concentrada en su mente toda la experiencia pasada de su clase. En relación con esta cuestión, también están demostrando una gran perspicacia y habilidad política.

Lloyd George dijo: “No es una cuestión de filantropía, sino de devolver a Rusia a un estado de equilibrio económico, y esto puede hacerse estableciendo una alianza económica regular con la Rusia soviética.” Lloyd George espera que unas relaciones comerciales y económicas regulares con nosotros nos llevarán a restablecer nuestra economía, y considera que es tan imposible hacernos caer por medio de la hambruna como por medio de una intervención militar. Así, tenemos aquí una aparente paradoja: la hambruna, un hecho profundamente negativo, no nos ha debilitado internacionalmente, sino que nos ha fortalecido. Los periódicos burgueses escriben: “Sí, este poder tiene raíces vivas, ha resistido el azote de la hambruna, tendremos que contar con él, no hay nadie que pueda sustituirlo”. Por consiguiente, si incluso este poder cayera, significaría la llegada de un período de muerte, barbarie medieval y caos. Europa no tendría ninguna esperanza de restablecer su economía interna y no podría esperarse un momento, dentro de unos años, en que Rusia tuviera capacidad para comprar mercancías y la industria europea pudiera venderlas. Pero Europa lo necesita urgentemente, pues ahora está pagando el precio de la guerra, en forma de una terrible crisis económica.

Pero mientras la hambruna ha servido para impulsar a un sector de la burguesía a darse cuenta de que el poder soviético es inquebrantable, por otra parte, ha impulsado a otros grupos de la burguesía a entregarse a la esperanza del derrocamiento del orden soviético. Esto es especialmente notable en el caso de nuestra propia burguesía en el extranjero, es decir, esos dos millones de fabricantes y terratenientes que no están solos, porque el capital europeo y norteamericano supone que esta burguesía rusa, a su regreso a Rusia, se convertiría en una agencia para la explotación de Rusia por el capital extranjero. Por otra parte, nos enteramos de que, en varios países y especialmente en Francia, círculos gubernamentales influyentes han asegurado sistemáticamente a su burguesía, desde hace tres o cuatro años, que nuestra caída era inevitable. Gastaron millones en oro en intervenir en nuestros asuntos, y abandonar las esperanzas en nuestro derrocamiento significaría para ellos, abandonar sus carreras. Por último, esa parte de la burguesía francesa que en su tiempo invirtió mucho capital en la industria rusa no puede decir adiós a sus antiguos beneficios en aras de obtener nuevos beneficios de las relaciones comerciales con Rusia y Ucrania.

En lo que respecta a las relaciones con la Rusia soviética, la burguesía siempre ha estado dividida en dos bandos, pero estos dos bandos se están definiendo cada vez más clara y nítidamente. Los burgueses más influyentes parecen haberse decantado definitivamente por el reconocimiento del poder de los sóviets. Este es el caso de Gran Bretaña y Norteamérica. En Norteamérica se libró un conflicto fundamental, con muchas preguntas en el senado, y, hace unos meses, un tercio de los senadores se expresó a favor de renovar las relaciones con Rusia. Un representante vino a vernos a Moscú y ahora está llevando a cabo una gran agitación para la renovación de las relaciones comerciales. El financiero Vanderlip también vino a vernos, y ha habido otros.

Uno de nuestros oponentes más activos es Hoover, actual ministro de comercio e industria de Estados Unidos. Es al mismo tiempo presidente de la poderosa organización filantrópica norteamericana de ayuda a las víctimas del hambre. La filantropía está muy desarrollada en Norteamérica. La burguesía norteamericana es la más rica de todas las burguesías. Allí desempeña un gran papel la secta de los cuáqueros, muy entregados a las buenas obras, lo que no les impide dedicarse a grandes negocios y obtener grandes beneficios. Por lo tanto, no hay absolutamente ninguna razón para preocuparse por ellos. Ganan doblemente con su filantropía: por una parte, les asegura la entrada sin obstáculos

en el Reino de los Cielos, mientras que aquí y ahora debe ganarles simpatía y publicidad entre las masas hambrientas.

Y a Hoover<sup>1</sup> (no sé si es cuáquero o simplemente está al servicio de los cuáqueros, pero ahora es ministro de comercio e industria) le resulta, pues, muy conveniente combinar una cosa con la otra. El hecho de que uno de nuestros inveterados e irreconciliables enemigos se haya dirigido a nosotros puede interpretarse de dos maneras: o bien está convencido de que somos inconquistables y ha decidido buscar un acuerdo con nosotros, o bien considera que estamos al borde del colapso y ha decidido ayudarnos un poco en esa dirección. Desde el punto de vista teórico, práctico y político, ambas interpretaciones son posibles. Las negociaciones que mantuvimos con él, y que culminaron en un acuerdo, se referían exclusivamente al alivio de la hambruna. El acuerdo consiste en que su organización debe suministrar alimentos y algo de ropa a un millón de niños hambrientos en Rusia, mientras que nosotros nos comprometemos a poner a su disposición los ferrocarriles, etc., y a abstenernos de interferir en su distribución caritativa de esta ayuda. En eso consiste su autonomía. Se dedican a la filantropía y pueden ocuparse de este asunto como les parezca. Esta filantropía debe ser apolítica. Eso también ha sido acordado. Los agentes de Hoover no deben inmiscuirse en la vida política del país. Es cierto que aquí puede haber una reserva mental, aquellos de ustedes que son muy suspicaces pueden decir eso, pero desde que firmé el acuerdo con Hoover, no puedo mostrar suspicacia. Sin embargo, mirando el asunto desde el punto de vista de que Hoover quiere ganar popularidad en la Rusia soviética a base de regalos, y utilizar toda esta popularidad para promover un golpe contrarrevolucionario, es posible decir: sí, puede ser, pueden existir tales planes, pero esto no puede impedirnos llegar a un acuerdo con él. Para cuidar todo eso tenemos medios de supervisión y vigilancia revolucionaria. Si recibiéramos simultáneamente leche condensada norteamericana y un plan norteamericano para un golpe contrarrevolucionario, deberíamos tratar de aplastar el intento de golpe después de que los niños hambrientos hubieran obtenido su leche condensada.

Digo esto para llamar vuestra atención sobre el carácter dual de la burguesía. Pero hay elementos que vacilan sinceramente y no se deciden a rechazarnos o no.

Tal es la situación en la que nos encontramos ahora. Últimamente, los numerosos periódicos de los guardias blancos publicados en el extranjero se encuentran en estado de convulsión. Nuestros guardias blancos se dan cuenta de que, si ahora sobrevivimos a este período, si alimentamos o incluso alimentamos a medias a los hambrientos, y establecemos lazos no sólo con Lloyd George sino también con los caritativos cuáqueros norteamericanos, entonces el poder soviético no tendrá que temer ningún ataque armado de la burguesía de Europa. Por eso, lo que para nosotros es una cuestión de alivio es para la clase burguesa, que ha sobrevivido a sí misma, una nueva y repetida sentencia de muerte. Por eso movilizan ahora todas las mentiras y calumnias de que son capaces. Ciertas citas que di de los periódicos eseristas y de Burtsev provocaron risas homéricas en nuestras reuniones, debido a su monstruosa impudicia y exageración. Pero son características del momento actual, muestran que el destino de la Rusia soviética y de la Ucrania soviética se está decidiendo ahora, quizá definitivamente. Hasta la decisión realmente definitiva, que será zanjada por la revolución europea. Pero entre *esa* decisión, es decir, entre la victoria de la revolución del proletariado europeo y el día de hoy,

---

<sup>1</sup> Herbert Hoover (1874-1964) fue secretario de comercio en la administración del Presidente Harding, y él mismo llegó a ser Presidente de los Estados Unidos en 1928-1932. Ingeniero de formación cuáquera, participó activamente en las labores de socorro a los refugiados de guerra en Europa durante el periodo de neutralidad estadounidense, y cuando Estados Unidos entró en guerra fue nombrado administrador de alimentos. Tras la guerra, volvió a ocuparse de la ayuda humanitaria en Europa. Brian Pearce.

transcurrirá un cierto intervalo de tiempo. Ninguno de nosotros sabe cuánto durará ese intervalo: puede durar meses, puede durar años. Muchos dicen que, en realidad, la revolución proletaria llegará antes de lo que ahora esperamos, pero no podemos tener información precisa al respecto, y me refiero al período que nos separa de la revolución internacional en Europa.

En cuanto a la organización de Hoover, si perdiéramos pie en el país, si empezáramos a caer, Hoover tomaría parte activa en ese proceso, igual que hizo en Hungría. No tenemos derecho a culpar a Hoover de actividad hostil contra el país soviético al que envió ayuda. Pero Hoover firmó un acuerdo para ayudar a Hungría, y su plenipotenciario, el capitán Gregory, contó a una publicación periódica estadounidense en 1919 [sic] cómo había participado en una conspiración contra el gobierno soviético en Hungría. A pesar de las instrucciones que Hoover le había dado, entregó todos los alimentos a los contrarrevolucionarios. Por eso decimos que, aunque Hoover en persona no se entrometa en nuestros asuntos, puede haber alguien en su organización que intente entrometerse y entonces, sobre la base del acuerdo, podremos coger a cada uno de esos Gregory por el pescuezo. Se trata de una lucha entre la revolución y la contrarrevolución. En este caso, un canalla contrarrevolucionario norteamericano no difiere en nada de uno ruso. Disponemos de medidas definidas para la lucha, y siguen plenamente en vigor contra los elementos que intenten dar un golpe u otro.

El embrión de esa política fue el Comité de Ayuda a las Víctimas de la Hambruna, en el que se sentaban Prokopovich, Kuskova y Kishkin, o, como se les llamaba en Moscú, “Prokukish”<sup>2</sup>, una organización semicontrarrevolucionaria. No cabe duda de que en torno a esa organización hay algunos conspiradores realmente contrarrevolucionarios. Los contrarrevolucionarios trataron de servirse del comité de ayuda contra el hambre, y este comité, imaginando que ya estaba a sólo cinco minutos de ser el gobierno no oficial de Rusia, se apoyó mentalmente en la opinión pública de Europa y Norteamérica y entabló negociaciones con ciertos grupos en el extranjero. Aunque, en esencia, “Prokukish” no era más que un asunto menor, sin embargo, para, en primer lugar, poner las cosas en su sitio y, en segundo lugar, privar a los contrarrevolucionarios de aliento, este comité fue disuelto tras una primera advertencia.

Si tomamos Francia, vemos allí grupos sin duda más graves, más peligrosos. Todos los emigrados rusos se concentran en Francia, y nuestro Comité de Personalidades Públicas era la organización a través de la cual pretendían actuar. Francia estaba más estrechamente asociada a la política de intervención armada y su burguesía perdió muchos millones a costa de ella, de modo que, para ellos, el derrocamiento del poder soviético es una empresa en la que han invertido una enorme cantidad de capital. Este capital sólo puede producir dividendos después de la caída del poder soviético. Por eso esta burguesía se ve obligada a llevar a cabo una guerra implacable contra nosotros, e incluso aquellos grupos de la burguesía francesa que comprenden y aprecian, a través de su propia actividad económica, la absoluta necesidad de que Francia cambie su política, se dicen: si la situación es tal que se trata de esperar sólo un cuarto de hora más (en Francia durante la guerra con Alemania había un dicho: “Hay que aguantar un cuarto de hora más”)<sup>3</sup>, entonces ¿qué sentido tiene restablecer las relaciones económicas con Rusia si quizás todo el régimen soviético esté al borde del colapso?

---

<sup>2</sup> S. M. Prokopovich, E. D. Kuskova y N. M. Kishkin fueron miembros destacados del partido de los cadetes. Brian Pearce.

<sup>3</sup> La alusión es a la frase: *le quart d'heure de Nogi*. Durante la guerra ruso-japonesa de 1904/1905, el general japonés Nogi, vencedor de Port Arthur y Mukden, había dicho que “la victoria es para el bando que aguante un cuarto de hora más que los demás”. Brian Pearce.

Y es un hecho sorprendente que el gobierno francés haya colocado en el centro de la organización de la ayuda a las víctimas de la hambruna en Rusia a un trío verdaderamente clásico: el exembajador Noulens, Giraud y el general Pau. Se hablará mucho de estos tres personajes en los próximos días, y os recomiendo que los tengáis presentes. Noulens fue el último embajador de la República Francesa en Rusia. Fue el organizador de la revuelta de Yaroslavl, fue el organizador y banquero de la conspiración checoslovaca y de las revueltas del Volga y de los Urales. Y este Noulens, que quería dar un golpe contrarrevolucionario a costa de la hambruna, ha sido nombrado ahora presidente de la comisión internacional que debe delegar en un comité internacional y enviar a Rusia una comisión para estudiar la cuestión del socorro en caso de hambruna. Noulens está en el centro de esta organización, y sus ayudantes han nombrado al general Pau, bien conocido como monárquico, y al antiguo fabricante moscovita Giraud, que está lleno de odio ardiente hacia la Rusia soviética y quiere recuperar sus fábricas perdidas.

Veis cómo la burguesía francesa se prepara para ayudarnos. ¿Significa esto que se dispone a declararnos la guerra? No, una parte de la burguesía francesa quiere entrar en relaciones con nosotros, pero vacila un poco, mientras que otra parte, que quiere derrocarnos, espera que esta comisión sirva de aparato para un golpe contrarrevolucionario. Pero no hay razón para temer que Francia sea capaz ahora de enviar sus propias tropas contra nosotros. Aunque en Francia no hay manifestaciones de descontento de masas como las que vemos en Alemania, el proceso revolucionario interno se desarrolla de manera consecuente y sistemática. El hecho de que los elementos revolucionarios constituyan ya la mitad de la organización sindical francesa muestra la evolución del proletariado francés<sup>4</sup>. En cuanto a las ganancias de la victoria, ya se han convencido de que ni siquiera el saqueo más espantoso de Alemania ha salvado a Francia de la ruina que le ha traído la guerra. Todo esto suscita entre las masas obreras deseos no de revancha nacional, sino de *revancha* de clase.

Así, en Francia, el partido comunista está aprendiendo de la experiencia de la revolución rusa y de la de la guerra con Alemania. Todo esto priva a la burguesía francesa de entusiasmo para lanzar sus propias tropas contra nosotros. La clase obrera de Francia no permitirá que la parte de la burguesía francesa que más irreconciliablemente nos odia ataque a la clase obrera de las repúblicas soviéticas. Esto no es ahora una mera frase o consigna de agitación, sino un hecho real, vivo y revolucionario.

Pero la burguesía francesa tiene a su disposición los gobiernos de la Pequeña Entente<sup>5</sup>. Estos gobiernos son los siguientes: Polonia, Rumania, Checoslovaquia, etc. [sic]. Por consiguiente, la política intervencionista de la burguesía francesa podría expresarse no en una nueva campaña de Francia contra nosotros, sino en un intento de incitar a Rumania y Polonia contra nosotros. ¿Es esto probable? ¿Es posible? ¡Camaradas! De lo que he dicho se deduce que hay muchas cosas que hablan en contra: el fracaso de la intervención armada y la bancarrota de los emigrados políticos, precisamente ahora, a los ojos de la burguesía europea, todo lo cual proporciona serios argumentos contra cualquier repetición de aventuras militares. Para ofrecer una estimación en términos de porcentajes, debo decir que es más del 70% probable que Polonia, y más del 50% probable que Rumania no se decidan a favor de la aventura criminal de una nueva guerra con la Rusia soviética. La situación interna de Polonia está

---

<sup>4</sup> Tras la expulsión, en 1921, de varios centenares de sindicatos de la Confederación General del Trabajo (CGT) francesa por su apoyo a la línea comunista, estos sindicatos formaron, en enero de 1922, una agrupación sindical rival, la Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU).

<sup>5</sup> “La Pequeña Entente” era el apodo que recibía la alianza entre Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, los tres países que habían ganado territorio a costa de Hungría en virtud del Tratado de Trianon. Estaban unidos a Polonia y Francia por alianzas separadas.

muy cerca de la catástrofe. El país está arruinado económicamente, sus finanzas se encuentran en una situación desesperada. Por supuesto, nuestras finanzas soviéticas también están en una situación desesperada, pero tenemos un aparato creciente y reforzado para la organización socialista planificada de la economía. Para nosotros, por tanto, la baja cotización de nuestra moneda no es tan catastrófico como para los estados burgueses en los que todo se basa en el mercado y, en consecuencia, en la competencia. En Polonia, la clase obrera va a la huelga con frecuencia, y la lucha se está agudizando allí tanto como en otros tiempos la lucha entre las diferentes camarillas de la antigua nobleza polaca. La burguesía industrial llega cada vez más a la conclusión de que la salvación económica de Polonia pasa por el restablecimiento de estrechos vínculos con el mercado ruso, ya que la industria polaca no puede soñar con invadir el mercado americano o el europeo. De ahí que una parte considerable de la burguesía polaca se muestre hostil a los aventureros y románticos que siguen desempeñando un papel muy importante en Polonia. La mala cotización de la moneda polaca, la bancarrota de los chauvinistas, la condición de las masas obreras, todo esto proporciona serios motivos, que casi llegan a la certeza, para considerar que el gobierno polaco no tomará, al menos en un futuro inmediato, el camino de una nueva injerencia en nuestros asuntos.

La situación es algo diferente en Rumanía. Este país se ha abstenido hasta ahora de formalizar sus relaciones con Ucrania y Rusia. No voy a repasar la historia de estas relaciones. El camarada Rakovsky lo hará mejor que yo: como Comisario del Pueblo Ucraniano para Asuntos Exteriores, ha desempeñado un papel destacado en estas negociaciones. Estas últimas comenzaron cuando Rumanía abrió un frente contra nosotros. Rumanía se aprovechó del hecho de que era aliada de la vieja Rusia y de la Rusia de Kerensky. Cuando los obreros y los campesinos tomaron el poder, Rumanía se volvió contra ellos. La Entente aseguró entonces al gobierno soviético que la ocupación temporal de Besarabia sólo servía para alimentar a las tropas rusas y rumanas. El gobierno rumano esgrimió argumentos en el sentido de la anexión. Y después de que se produjeran enfrentamientos entre las tropas rumanas y las soviéticas, Rumanía firmó un acuerdo para retirarse de Besarabia en un plazo de dos meses. Cuando, más tarde, tras la retirada de los guardias blancos de Ucrania, nuestros diplomáticos propusieron al gobierno rumano mantener conversaciones de paz, el entonces primer ministro (esto fue a principios del año pasado) Vaida-Voevod, respondió positivamente. Todos esperábamos que, en pocas semanas, representantes de Rusia, Ucrania y Rumanía se reunieran para elaborar los términos de un tratado de paz. A partir de ese momento Rumanía empezó a seguir una política de avestruz, una política fraudulenta. El gobierno rumano designó como lugar de las negociaciones Varsovia, en un momento en el que nosotros y Polonia estábamos en guerra abierta. Luego, en respuesta a la protesta de nuestros diplomáticos, el gobierno rumano dijo que se había tratado de un malentendido. Los trabajadores rumanos preguntaron a su gobierno por qué no se había firmado la paz y el gobierno rumano respondió que la razón era que Rusia no había respondido a su propuesta de paz. Se refirieron al hecho de que no habían recibido ningún mensaje inalámbrico nuestro. En resumen, una política miserable, mezquina, dictada por su falta de decisión interior. Precisamente porque el gobierno rumano elude las negociaciones, está dispuesto a crear una especie de inviolabilidad para su propia frontera, aunque no para la nuestra. Esto ha provocado una serie de ataques de bandas petliuristas en nuestras fronteras occidentales y, en primer lugar, en la frontera de Ucrania. Esto constituye una amenaza para la federación soviética en su conjunto. Recientemente, la actividad de estas bandas ha adquirido un carácter más amenazador.

En una parte considerable de la margen derecha de Ucrania, la cosecha ha sido bastante buena este año. Este hecho confiere a la margen derecha una importancia

excepcional en relación con nuestra tarea económica común. El impuesto alimentario recaudado en la margen derecha de Ucrania constituye una parte muy importante de los recursos de todo el país. Por esta razón, los intervencionistas franceses piden a Polonia y Rumania que, si bien no movilizan inmediatamente sus ejércitos regulares contra nosotros, sí que movilicen contra nosotros a las innumerables bandas de Petliura y otros, a fin de arruinar nuestra campaña de recolección de alimentos.

Así pues, nos encontramos ahora no ante el peligro de un nuevo ataque de Francia, ni siquiera de Polonia y Rumania, sino ante los hechos de bandas particulares, hechos que, por su lógica, pueden conducir a un desenlace muy grave y sangriento. Y aquí, en nuestra frontera más próxima, se encuentra uno de los puntos extremos de esa política mundial frente a la hambruna de la Rusia soviética que he tratado de describir.

No abordamos ahora la cuestión de Besarabia, aunque no consideramos que esta cuestión esté resuelta. Tales cuestiones no deben resolverse independientemente de la voluntad de la población afectada. Pero, teniendo en cuenta la circunstancia de que la toma de Besarabia fue un acto de agresión, contrario a todas las normas de la burguesía, me atrevo a decir, clara y francamente, que fue una gran injusticia.

Pero ciframos nuestras esperanzas en el desarrollo de la revolución, que liquidará todo esto, y, como he dicho hoy a los soldados del Ejército Rojo, en que Besarabia deje de ser una manzana de la discordia entre Rusia y Rumania y se convierta en un vínculo entre la Rusia soviética y Ucrania [sic]. Por eso hoy no nos proponemos resolver la cuestión de Besarabia, espada en mano, por medio de la guerra. Hoy tenemos ante nosotros la cuestión de la hambruna en la región del Volga, tenemos la cuestión de restablecer nuestra economía, y para ello necesitamos seguridad y calma en nuestras fronteras occidentales. Estas fronteras son ahora el escenario de las últimas convulsiones de la burguesía europeo-occidental, pues cada banda que entra desde Rumania o Polonia no es más que un destacamento de aquellas fuerzas del capital mundial que no han perdido las esperanzas de derrocar nuestro poder. Y si estamos firmando un acuerdo con Hoover, movilizándolo para ayudar a la región del Volga, y recogiendo de nuestros pobres recursos grano para sembrar los campos de la región del Volga, entonces, por la misma razón, debemos asegurar nuestra frontera occidental.

Por eso nos han enviado aquí, para inspeccionar y controlar esta frontera. Debe dejar de ser un colador por el que nos quitan el grano y por el que se cuelan entre nosotros los bandidos. Estamos dispuestos a tener, queremos tener, puertas, ventanas a través de las cuales comunicarnos con nuestros vecinos, pero sobre principios acordados. Los vecinos no quieren regular esta cuestión en la mesa diplomática, entonces, sin provocarlos (eso sería una desgracia tanto para nosotros como para ellos) encontraremos en nosotros mismos el valor, la fuerza y la resistencia para salvaguardar la inviolabilidad de nuestra frontera.

Sobre vosotros, camaradas, como nuestros trabajadores dirigentes en una de las provincias fronterizas, recae una responsabilidad no sólo para con Ucrania, sino también para con la federación soviética. Es necesario establecer, a toda costa, un régimen definido y claro en el que ningún embrollo administrativo pueda ayudar a los que no son reacios a apoderarse de lo que uno se puede apoderar fácilmente. La frontera debe ser reforzada, y hacia ese fin deben dirigirse todos los esfuerzos de los órganos sindicales y del partido. Las unidades del Ejército Rojo deben ser conscientes de que ahora están cumpliendo una misión responsable no sólo en nombre de los hermanos hambrientos del Volga, sino también en nombre de toda la federación. Decimos aquí, en Zhitomir, teniendo a la vista dos fronteras, que queremos la paz, una paz basada en un acuerdo duradero. Mientras uno de nuestros vecinos se niegue a darnos tal paz, y mientras el otro no mantenga la paz como es debido, de modo que nuestras fronteras se utilicen para



provocar disturbios, cerraremos con triple cerrojo todas las salidas y entradas ilegales a la Ucrania soviética y a la Rusia soviética. Decimos: “Quienquiera que venga a nosotros en busca de un acuerdo será bienvenido, y firmaremos acuerdos vinculantes con él. Pero quien intente entrar por la fuerza, se encontrará con un arma. No habrá otro destino para ladrones y pogromistas”.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)